



EL CENCERRO

CENCERRADA 14

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle de San Hermenegildo, 4, pral., izqda.
MADRID.—1897

EL CRONÓMETRO

—Y diga osté, nostramo: ¿Qué habrá je-
cho el herma-ito Sagasta del reló «quel que
le regalaron los curas de Madrid por haber
cargao en los persupuestos la mar de miles
de duros pa el sostenimiento de las 30 parro-
quias que crearon los conservaores?...

—¡Yo qué sé, hombre, lo que habrá hecho
de esa alhaja! Posible es que lo guarde para

saber á qué hora ha de ir á misa, ó para ave-
riguar el tiempo que media entre sus afir-
maciones políticas y la rectificación de las mis-
mas que hace siempre.

—Pus yo creo creo que lo habrá empeñado
por no tener siempre encima el testimonio de
una de las muchas partías serranas que ha
jecho al país.

—Eso no puede ser, porque el cronómetro
lleva las armas del obispado de Madrid-Al-
calá y la delicatoria de los párrocos, y ens-

guida se hubiera sabido que estaba en *Peñaranda*, como sucedió con la pluma aquella con que se firmó la Constitución de 1869.

—¿Y le parece á osté, nostramo, que un hombre que acató de los curas ese regalo por haber jecho lo que no se atrevió á llevar á cabo el mismo señon Antonio, puede jacer en su vía na güeno?

—Pues ahí lo tienes hoy como la única esperanza de poder arreglar este cotarro. Es indudable que el gobierno conservador no es ya nada ni representa á nadie, desaparecerá de la escena á la primera ráfaga de aire helado que sople del Guadarama; y entonces no habrá más remedio que echar mano del hombre del reloj para que haga rodar al carro un poco más.

—¡Bonito carro y bonito caballo matalón!

—Si nosotros fuéramos monárquicos, hermano Liberto, estaríamos hoy verdaderamente apenados. Ya ves lo que ha pasado apenas ha desaparecido el Sr. Cánovas, que era uno de los dos puntales en que el edificio se apoyaba. Pues dime tú lo que sucederá el día en que D. Práxedes deje de figurar en el libro de los vivos.

—Yo creo que antes de que el señon Mateo estire la pata habrá ocurrío aquí algo gordo que venga á resolver toas esas dificultades; y si no ocurre antes, ocurrirá entonces, porque se encontrará el país con dos grilleras por too consuelo de sus males.

—Ya ves si había motivos para que nos entristeciéramos, si fuéramos nosotros de la parroquia.

—Pero como no lo semos, hay que celebrarla con unos cuantos trinquis, y allá se las haigan los conservaores con sus recuerdos de la Huerta y el señon Mateo con su reloj parroquial.

—También eso del reloj nos da una triste idea de lo que es el mundo. El clero español trató siempre al Sr. Sagasta de masón y he-

reje; y sin que él haya abjurado sus errores, van los párrocos de Madrid y le regalan un hermoso cronómetro de oro con entusiasta dedicatoria. ¿Entiendes tú esto, Liberto?..

—¡Vaya si lo entiendo, nostramo! Es que aquí está el pesebre por encima de too. Así hubiá sido el señon Mateo el mismo demonio, le habrían dao los párrocos el reló, al encontrarse con la bucólica asegurá gracias á su poca aprensión.

—De todo esto resultan tres cosas: que el clero parroquial de Madrid tiene asegurada la pitanza; que el Sr. Sagasta tiene un magnífico reloj, y que el país es quien tiene que dar la hora.

—Pus lo que falta es que la dé cuanto antes, á ver si puen arreglarse de una vez los párrocos y toos los frailes de levita que tenemos.

En cuanto en mis orejas
suene esa hora,
bailaré una habanera
con la Geroma.

Y al Tío Conejo,
si no está muy horrible,
le daré un beso.

LIBERTO AFEITADO

—Aquí hay, nostramo, una piara de hombres, mujeres y curas que quieren que vuestra paterniá les dé audiencia, y la verdá es que yo no tengo hoy la cabeza pa esas cosas.

—Pero si la audiencia la he de dar yo, ¿qué importa que tú tengas la cabeza á pájaros?

—Es que en estos casos despacho yo más gente que osté.

—Bueno; pues manos á la obra y que empiece la audiencia.

—Pus alante los ultramarinos.

—¿Qué quieren estas buenas gentes?

—Queremos, reverendo padre, que le to-

que usted *El Cencerro* al ministro de Ultramar, que nos tiene muertos de hambre.

—¿Son ustedes clases pasivas?..

—Desgraciadamente.

—¿Y no les pagan á ustedes?

—Ni por esas ni por las otras. El hermano Castellano no se acuerda de nosotros por lo visto, y conviene que le toque *El Cencerro* este lego motilón hasta hacerle recobrar la memoria.

—Está bien. Se le tocará.

—¿Y quién le manda á osté, señor sanguijuela, llamarme á mí motilón?

—Es un decir, hombre. Ya sabes que todos te queremos bien.

—Güeno, pero no hay que poner motes. Pase osté ahora, señor cura. Y bien podía osté haberse puesto otra sotana mejor que esa pa venir á visitar á nostramo.

—¡Ay, hermano Liberto! De buena gana me la pondría si la tuviera.

—No haga usted caso, señor cura, de las simplezas de este bobalicón. ¿En qué puedo servir á usted?

—Yo soy, reverendo padre, vicario de la iglesia de un pueblo que no hay para que nombrar. El párroco no parece por el pueblo sino de uvas á peras, y yo soy el que tengo que casar, bautizar, enterrar, decir misa, asistir á los enfermos y predicar. Por todo esto me da 100 duros al año y él cobra 200.

—Bien, pero con el pié de altar vendrá usted á sacar otro tanto.

—Pues á eso voy, reverendo padre. El párroco se lleva la mitad de los derechos de estola, y de la otra mitad tengo que enviar una buena parte á la Secretaría de Cámara para atenciones de la diócesis y tapar con el resto varios agujeros que yo no he hecho. ¡Calcule usted con qué gusto casaré y enterraré yo!

—De modo que viene usted á cobrar al mes...

—Unos ocho duros y medio después del descuento que el Gobierno nos hace, la cédula personal y otras socaliñas. ¡Ya ve usted qué milagros podré yo hacer con estol

—Pero no dejará osté de tener su amita joven ¿eh?

—¿Y qué desea osté que yo haga en su favor, señor cura?

—Pues deseo que dé usted una buena cencerrada al ministro de Gracia y Justicia, otra al obispo de mi diócesis, y otra al párroco de mi pueblo. Diga usted que de los 42 millones de pesetas que para culto y clero paga el país todos los años, no percibe sino una parte insignificante el clero que trabaja, y que se lleva lo demás el clero alto que pasa su vida cantando como las cigarras.

—Lo diré así, señor cura.

—Tantas gracias, reverendo padre.

—Vaya osté con Dios, señor cura, y tenga la seguridad que en cuanto venga la Niña se les quitará la gana de cantar á toas las chicharras habías y por haber. ¿Sigue la audiencia, nostramo?

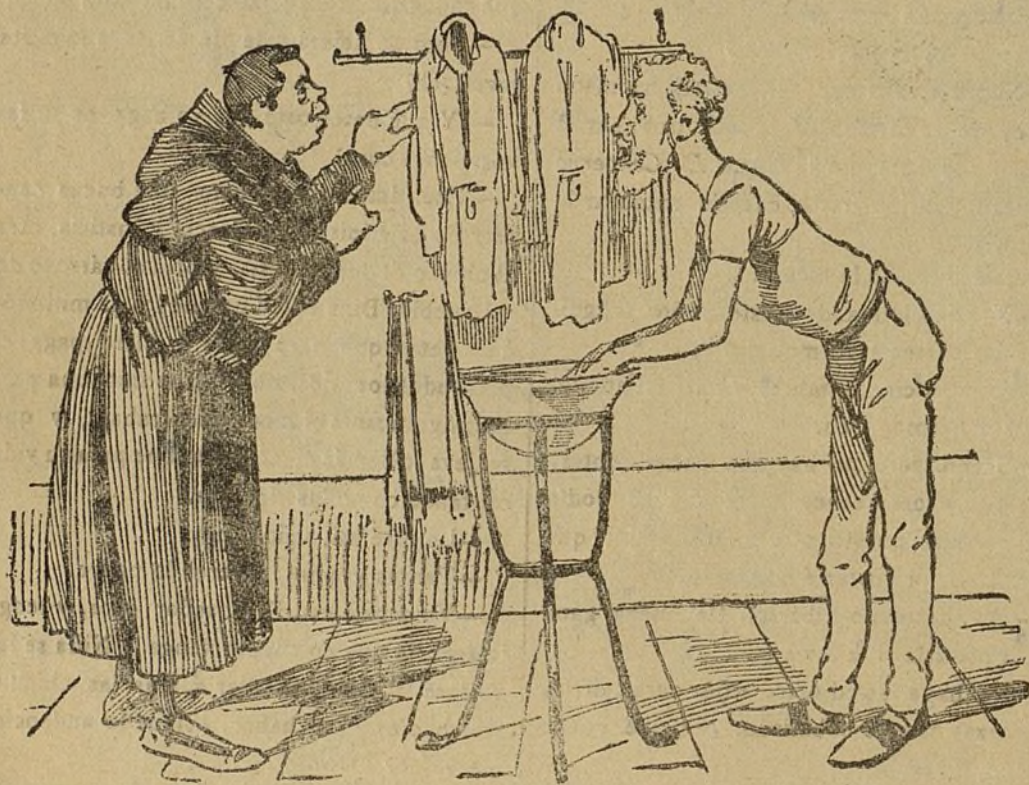
—No, Liberto; despide á la gente que quede, pues me he afectado mucho con las desdichas de ese clérigo que acaba de salir.

—¡Eh! familia: No damos más audiencia por hoy, pus nos hemos afeitado mucho con ese clérigo de las desdichas que acaban de salir.

Nada menos que con los dos jefes de la policía judicial de Barcelona la ha emprendido á tiros un anarquista, logrando herirles á los dos.

Los partidarios de la pena de muerte deben estar satisfechos de la ejemplaridad de aquella.

En cuanto ahorcan á un anarquista ya no vuelve á salir otro hasta... la semana siguiente.



Lavándose bien la cara
está Romero Robledo
cuando aparece en su cuarto
el intrépido Liberto.

—Buenos días, D. Paquito,
le dice al entrar el Legó;
¿cómo está esa humanidad?
celebro verte tan gueno,
tan guapo, tan arrogante,
tan batallador, tan...

—Pero,

dime tú, Leguito mío,
¿vienes á tomarme el pelo?

—¡Libreme Cristo, D. Paco
de tan bajo pensamiento!
Quiero solo preguntarle,
ya que desnudo le encuentro,
qué camisa va á ponerse
usted en estos momentos.

¿Va á ser ésta? ¿Va á ser la otra?...

—¿Y á ti qué te importa, legó?

—Lo digo, señor Paquito,
por que, si mal no me acuerdo,
usted usó ya camisas
de toos colores, y creo
que debe ponerse ahora
una que le siente al pelo.

Con la roja, verbo y gracia,
estaría mui flamenco.

—¡Jamás, jamás y jamás.

—Mire osté, señor Robledo,
que si deja ahora ese
camiso'in canovero,

por juir del color sinvela,

no le queda mas remiendo

que jacer lo que le digo

ó andar por la calle encueros,

pus golver á las andadas

comprenda osté que no es serio

—Pues yo haré lo que me plazca

—Acete osté mi consejo;

póngase camisa roja

y ricese bien el pelo,

y verá como too el mundo

admira ese cuerpo gueno.

—Tú vienes á seducirme.

—A salvarle solo vengo,

pus con las demás camisas

parecerá un arrapiezo.

—Pensaré sobre ese asunto

y te agradezco el consejo.

—¡Adios, correigionario!

—¡Adios, simpático Legó!

CARTA DE LA TIA GEROMA AL GOBERNADOR DE MADRID

Sr. Gobernador de los Madriles: Como industrial que paga contribución y tiene ceula personal acudo á ostéz pa decirle que no me dejan vivir sus sabuesos por que se reunen en mi botica cuatro presonas ecentes que no se meten con naide aunque murmuren de too el mundo.

Valiera más, Sr. Gobernador, que se ocuparan en limpiar de probes las calles de los Madriles, pus ya no puede una dar un paso sin que le echen el quien vive 300 pordioseros; y en demás, podían estar goliendo á los anarquistas que, según dicen, andan toavía por esos mundos de Dios. En mi botica, señor mío, se reunen toas las noches: un fraile Lego que es lo más bonachón del mundo, y á quien yo quiero como si lo hubía parío; un esquilaor que no piensa más que en beber y trasquilar conservaores, un melitar que ha venío ahora de defender la patria, con un balazo ú dos en salva sea la parte y sin una mala cruz; un ayudante de esquilaor, que es un guapo chico, y otras presonas tan ecentes como estas. Allí se habla mucho y se bebe más, pero eso no nos metemos con naide ni pretendemos armar regüeltas de ninguna clase.

A quien deben no perder de vista sus lebreles es al ministro de Hacienda, que con las contribuciones y los consumos no hace más que armar camorras en toas partes. También debe usía vigilar al ministro de Estao, por que con los asuntos que trae con los americanos nos va á meter en un lío de órdago. Tampoco estará demás que echen una mirada al Sr. Marcelo, pues con su decisión de que siga en Cuba el general Baile, pue dar lugar á que el cotarro se alborote cuando menos se piense. Y no digo ná respeito al ministro de Marina, que á fuerza de gastar

millones en barcos y de no tener ninguno que vale lo que costó de bautizar, pue ocasionar un delirio cualquier día.

De modo, señor usía, que no son mis parroquianos los peligrosos, sino los que mandan en la parroquia en que ostéz coinulga.

De esperar es, por tanto, que en adelante se nos deje vivir en paz á los que no nos metemos con naide y se vigile muy de cerca á los que realmente pueden provocar una bolina cen sus desacietos y sus salidas de pie de banco.

Soy de ostéz atenta ciudadana que besa su mano.

LA TÍA GEROMA.

P. D. No estará demás que mande usted vigilar también al alcalde de los Madriles, pues ya vió usted la que armó hace días en compañía del Canuto y de su gato.



¡Ojo, señores, que ya tenemos entre nosotros al gran Woodford! y llegó el caso de que le demos... cuanto nos pida dicho señor.

Según el Duque y Castellano es muy correcto su proceder, pues, mas que amigo, es un hermano que mil favores nos viene á hacer.

No sé si ustedes, sin menoscabo, de igual manera podrán pensar,

ó si sostienen que al fin y al cabo por las orejas se ha de apear.

De cualquier modo todos debemos mostrarnos gratos á su favor; y llegó el caso de que le demos... cuanto nos pida dicho señor.

Sagasta ha almorzado en Avila con varios generales.

Habrá empezado á pasar revista á las 37 espadas con que amenazó á los conservadores en otra ocasión.

Por lo visto ha llegado ya la hora de hacer miedo.

Lo peor es que de Sagasta no se asusta ya nadie.

Ni siquiera el ministro de Ultramar ni Morlesín.

A preguntar si tocaba á vísperas, un monago entró sin que le sintieran en casa del cura párroco; y al ver que el pater al ama en los pies le andaba urgando, volvió á salir á la calle diciendo para su sayo:
—¡Qué vísperas ni qué cuernos!
¡Voy á tocar á rebato!

—¿Y qué te ha parecido, hermano Liberto, el *meeting* que han celebrado en Gijón los hermanitos republicanos?

—Pus lo que me paecen toos los *meetings*. Se habla en ellos mu bien, pero se entona luego mu mal.

—Lo principal es que todos estemos de acuerdo en una cosa: en querer á la Niña.

—Sí, señor; pero solo con quererla no ha-

cemos ná. Hay que jacer algo pa que veng pronto.

—Déjate, hombre, déjate, que no se tomó á Zamora en una hora.

—¡En una hora! ¡Y jace ya 24 años que no veo á la hija de mis entrañas!

—¿Y qué importan los años, si tenemos al fin la dicha de volverla á ver tan arrogante y tan guapota?

—¡Ay nostramo! En cuanto yo me la eche á la fisonomía de la cara, ¡menúos abrazos la voy á dar!

—Lo que hay que hacer luego es aconsejarla bien para que no vuelvan á traicionarla.

—En cuanto á eso no tenga osté cuidado, que yo la diré á quién le ha de meter mano.

Calcúlase que al gobierno actual no le queda más vida que lo que tarde en regresar la gente que se fué á veranear.

Y como quiera que ya han empezado á volver á sus nidos algunas familias de las que se ausentaron de Madrid por mor del calórico, síguese que el ministerio Azcárraga-Navarro no tardará en estirar la pata.

Ningún español
se consolará
de esta gran desgracia
que nos va á pasar;
pues resulta horrible
perder á Tetuán,
quedar sin Beránger
y hasta sin Tejál

Al presidente de la República del Uruguay le han pegado también cuatro tiros.
¡Pero cómo se pone esto, señores!

Francia y Rusia acaban de sancionar la

alianza que venían hilvanando desde hace mucho tiempo.

De modo que ya tenemos dos alianzas en Europa: la doble que es ésta, y la triple, que es la otra.

El día que haya un choque de alianzas no van á quedar ni aun los rabos, como dirá el duque de Tetuán.

Que es precisamente por lo que ni él ni el gran Cánovas quisieron nunca meterse en camisa de once varas.

Solamente que cuando toquen á perder los rabos, será posible que los pierdan antes los que menos tengan que ver en el asunto.

Aseguran malas lenguas que desde que supo el ministro de Gracia y Justicia que los anarquistas se ocupan de su personalidad, le siguen á todas partes seis ó siete polizontes.

¿Y á dónde va usted con esa gente, buen hombre? ¿No comprende usted que vale más ir solo que mal acompañado?..

Por supuesto que eso de que los anarquistas le tengan á usted entre ojos deben ser infundios de algún guasón que ha querido asustarle á usted.

Dicen, Pepa, que has sufrido mil sustos este verano.
Refresca bien, no sea que te vayan á salir granos.

El soldado Mallafre le dijo á su coronela:
Yo serviría con fe
si en la garita de usted
hiciera la centinela.

Ya se va sabiendo lo que los Estados Unidos van á pedir al gobierno conservador por medio de su nuevo representante, y es, según se dice, lo siguiente:

1.º Que termine la guerra de Cuba inmediatamente.

2.º Que se conceda á Cuba una verdadera autonomía, lo cual nos será muy favorable.

3.º Que se le conteste pronto á esto, y

4.º Que después se harán las reclamaciones correspondientes á los perjuicios que hayan sufrido en sus personas ó propiedades los súbditos norteamericanos.

Se nos figura que para ser amigos de los conservadores, no piden poco los americanos.

Y se nos figura también que en cuanto sean oficiales esas exigencias, se irán á su casa los conservadores diciendo:

—Ahí queda eso. La obra del gran estadista.

—¿Qué ministro tardaría menos tiempo en comerse una chuleta de un kilómetro nostramo?

—Según la dentadura que cada cual tenga.

—En cuanto á eso todos están bien; el que mas y el que menos tiene unos colmillos como de aquí á la puerta de Alcalá.

¡Pues entonces échales tú á ellos chuletas?

Dicen que los anarquistas tienen ahora entre ojos al Sr. Sagasta..

¡Pues eso le hace falta á D. Práxedes!

Con seguridad se corta la coleta antes que acabe el verano.

El gobierno conservador que á Dios gracias tenemos hoy, ha reiterado su omnímoda confianza al general Weyler para que acabe la guerra.

Para que la acabe ¿eh?

Pues si él quiere casi la acaba en 24 horas.

A pesar de lo cual habrá que enviar refuerzos á Cuba en el mes de Octubre.

Que será, después de todo, lo más triste para el país.

Algunos curas han conseguido que algunos de nuestros corresponsales dejen de vender EL CENCERRO en sus respectivas localidades. ¿Qué les habrán dicho? ¿Qué les habrán dado?

Por supuesto, que ya saben los curianos con quienes tratan.

Donde han tropezado con un corresponsal de pelo en pecho, han tenido que terciarse el manto y largarse á paso redoblado.

Pero al fin los sotanillas están en su lugar, pues trabajan *pro domo sua*, obrando como obran.

A quien no puede perdonársele lo que hacen es á algunos alcaldes y gobernadores civiles que designan á los vendedores de periódicos los que han de admitir y los que han de rechazar.

Eso es contrario á la ley, y como suponemos que el gobierno no tolerará semejante abuso, agradeceremos á aquellos de nuestros corresponsales que se encuentran en este caso se sirvan comunicárnoslo para presentar desde luego la denuncia al ministro de la Gobernación.



CENCERRADA A LOS MINISTROS

Cos-Gayón y Beranger,
Castellano y Tetuán
están á la misma altura
de Navarro y de Teja.

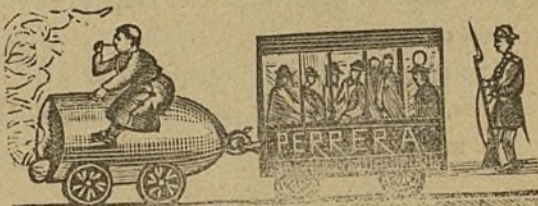
¡Tarrantram, tarrantram, tarrantram!

¿Qué pecado ha cometido
el bravo pueblo español
para que lo desgobiernen
siete lapas y un raton?

¡Torrontróm, torrontróm, torrontróm!

Ellos mismos no confían
en su ciencia y su virtud,
pues nunca salen de casa
sin hacerse antes la cruz.

¡Turruntróm, turruntróm, turruntróm!



■ Nombres y cualidades de parte del personal que va en la *Perrera*:

José do Pico, de Santiago. Debe ser portugués finchao. Se nos ha comido la mar de CENCERROS.

José Suárez, de Santiago también. Se conoce que se puso de acuerdo con el otro para no pagar. Vaya un par de Pepes que hay en Santiago.

Andrés de Casa, de Huelva. Algún curiana debió aconsejarle que devolviera EL CENCERRO. Lo que sin duda no le aconsejó es que pague lo que se ha comido.

Antonio Mateos López, de Montellano. Debe ser pariente de Sagasta por el lado del Mateo. Se come la Biblia y no paga á nadie.

Nota. Estos individuos, y otros que se expresarán, estarán viajando en la *Perrera* hasta que se rediman ellos mismos.

EL CENCERRO

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO

Da una cencerrada por semana á los ministros y demás hermanitos que chupan del país.

Cuesta la suscripción 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre y 6 un año.

La mano para los vendedores y corresponsales, 75 céntimos.

Tipografía de Alfredo Alonso, Barbieri, 8